

UCRANIA, LA NEGOCIACIÓN ES LA ÚNICA SALIDA

Por Fabrizio Casari

La creciente y probada participación de fuerzas pertenecientes a los países de la OTAN y de la propia Legión Extranjera, que pretende ser independiente pero está a las órdenes de París, revela el carácter internacional de la guerra.

De hecho, Ucrania y su soberanía parecen ser un terreno hipócrita y pernicioso para la operación de la OTAN de contener y reducir a Rusia a una potencia regional.

Así, mientras la guerra golpea el corazón de la verdad y de la lógica, la idea de ponerle fin parece una quimera, precisamente porque la continuación y la ampliación del conflicto están en el corazón del proyecto estadounidense. Las reuniones que se han celebrado hasta ahora han sido una importante farsa ucraniana, como demuestran las peticiones simultáneas de una zona de exclusión aérea, armas, soldados y aviones que habrían conseguido el resultado de desencadenar un conflicto global.

A pesar de la propaganda occidental y ucraniana que vende la imagen de una contraofensiva ucraniana, la verdad sobre el terreno es otra. También se puede vender la lenta y gradual retirada de los rusos como la victoria de la “heroica resistencia ucraniana”, pero sólo en un escenario donde la ficción sustituye a la realidad.

Lo que está en juego no es una derrota militar rusa, sino la continuación de la guerra, con la esperanza de que los rusos sigan empantanados en Ucrania. O, al menos, que se verán obligados a salir de ella mediante un modo de guerra destructivo, al que podrían recurrir si se vieran empantanados.

Parada de las negociaciones

Ahora está claro para todo el mundo que el principal objetivo angloamericano es bloquear cualquier posibilidad de negociación para el cese de las hostilidades. No es casualidad que en las horas previas a cada reunión entre Rusia y Ucrania, Biden siempre intervenga para aumentar las tensiones e impedir un posible resultado positivo de las conversaciones. Cuando eso no fue suficiente, los nazis ucranianos recurrieron a lo más duro: matar a los negociadores que pensaban en

los intereses de Ucrania y no en los de Estados Unidos, y despedir a los generales que no estaban dispuestos a hacer el trabajo sucio con los civiles ucranianos que sirve precisamente para desbaratar cualquier posibilidad de diálogo.

Pero la retórica belicosa y la indignación alternante tendrán que terminar con los pies debajo de la mesa de negociaciones, porque la escalada bélica hasta niveles destructivos no es compatible con el presente y el futuro de Europa y del mundo en su conjunto. Además, Zelensky debe resignarse: el mundo no irá a la autodestrucción de la Tercera Guerra Mundial para salvar a su gobierno. Tampoco lo hará su país, si queremos ser cínicos pero realistas, como lo han sido hasta ahora la OTAN y la UE. Acabar con el conflicto no es una solución, sino la solución.

Así que, sea cual sea el camino que se tome, escalada del conflicto o desescalada, el final es inevitablemente la negociación con los rusos. Porque es con el enemigo con quien se establece una negociación, con los amigos no hace falta. Pero una negociación es, por definición, valorar las razones del otro. En una negociación, nadie se levanta con lo que tenía cuando se sentó. La diferencia entre un acuerdo y una rendición radica en la distancia entre las exigencias imposibles y las razonables. Después de una guerra, no puede haber principios sentados en una mesa de negociación, ya que la propia existencia de la mesa indica que todos los aspectos están sujetos a negociación. Los territorios, las prerrogativas y los derechos están sujetos a la realpolitik, que por definición razona sobre lo que se puede esperar, sobre lo que es razonablemente proponible para el interés mutuo y no sobre los principios y las ambiciones de uno para prevalecer sobre el otro.

Desde el principio, Rusia ha dicho cuáles son las condiciones para su retirada de Ucrania: neutralidad militar (no política) de Ucrania, desnazificación y desmilitarización del ejército, reconocimiento de las repúblicas de Crimea, Donetsk y Lugansk. Traducido a términos más concretos, significa la renuncia al ingreso de Ucrania en la OTAN, la configuración de una neutralidad militar según el modelo de Finlandia para Kiev, la extensión de la presencia rusa a todo el Donbass, la disolución del batallón Azov y del Pravy Sektor, y la restitución de los derechos de los rusos étnicos.

Las exigencias ucranianas son inevitablemente opuestas: retirada inmediata de las tropas rusas de todo el territorio ucraniano, incluidos el Donbass y Crimea, cuyo destino se ofrece a decidir dentro de 15 años; restauración de la soberanía ucraniana sobre Donetsk y Lugansk, libertad de asociación con la Unión Europea y la OTAN.

Como se puede ver, la distancia entre las dos partes es sideral y por eso mismo, paradójicamente, las negociaciones podrían ser más cortas. Son los detalles de un acuerdo sustancial los que alejan una visión común, y casi nunca ocurre lo contrario.

Está claro que Moscú quiere llegar a la mesa con una supremacía militar que obligue a los ucranianos a reconocer un estado de cosas, un arma poderosa contra el derecho teórico. Rusia ha anunciado que ha cerrado la posibilidad de evacuar el batallón Azov de Mariupol. Uno de los objetivos de Moscú era poner fin a sus hazañas criminales para siempre. La abrumadora fuerza militar rusa no puede ser limitada por la llamada "resistencia" ucraniana, que, en contra de la propaganda de Kiev, ve reducida su capacidad operativa cada día que pasa.

Pero teniendo en cuenta que la OTAN no tiene intención de intervenir militarmente, y desde luego no los países individuales que pertenecen a ella, y considerando que ningún tercer país venderá armas que serían difíciles de pagar dadas las arcas de Kiev, Zelensky no tiene salida.

La solución sólo puede provenir de una base de voluntad recíproca, como la que se refleja en los acuerdos de Minsk. Las mismas propuestas rusas de negociación, previamente remitidas a la OTAN y rechazadas por ésta con arrogancia, se inspiraban precisamente en esos acuerdos que nunca fueron respetados por Kiev. Hoy, en un escenario diferente determinado por la guerra, está claro que no será posible replicar lo firmado en Minsk, pero atenerse a ello en la medida de lo posible parece el camino más sabio, tanto en el método como en el contenido.

Estas son las principales cuestiones sobre la mesa de un posible acuerdo. Luego hay cuestiones más detalladas que podrían abordarse más adelante. Entre ellas, el restablecimiento del ruso como segunda lengua y el fin de la discriminación legal y reglamentaria de los ciudadanos de habla rusa. Y que se restablezca la legalidad de los 11 partidos de la oposición disueltos, así como la reapertura de las tres televisiones cerradas por el régimen de Kiev. La cancelación de los días festivos de la liberación del nazismo también podría mantenerse, pero la fiesta en honor a Stephan Bandera, el verdugo ucraniano de las SS, debe ser cancelada.

No importa qué o cuántas sanciones europeas se impongan, muchas de ellas se volverán contra los ciudadanos del viejo continente. Tampoco importarán las supuestas denuncias ante los tribunales internacionales de justicia por crímenes de guerra, ya que no existen las condiciones legales para su enjuiciamiento y

porque ni Rusia ni Estados Unidos se han adherido a ellos. Estados Unidos ni siquiera ha reconocido la sentencia del Tribunal Penal Internacional de La Haya que le condenó a devolver a Nicaragua 17.000 millones de dólares por la actividad terrorista de Estados Unidos en Nicaragua en la década de 1980. Por lo tanto, sería ridículo que pidieran a los demás que respetaran los tribunales a los que ellos no acuden y cuyas resoluciones ellos mismos no aplican.

La reducción del conflicto también se beneficiaría del fin de la exaltación de la guerra, que recuerda la furia intervencionista de Mussolini en 1914. Un virilismo al estilo de D'Annunzio que exhibe la peor prensa italiana, la de los tertulianos con furia atlantista y la de los redactores recién nombrados que trabajan para editoriales que poseen empresas que producen material bélico.

Siempre han estado mudos, ciegos y sordos ante las guerras que acaban de pasar y las que aún están en curso en las que la OTAN ocupa ilegalmente países y masacra a sus poblaciones, y se han vuelto especialmente indignados ante la circunstancia. QUITAN y exaltan a voluntad. Desprovistos de toda prudencia, se ponen de forma abrumadora del lado de los intervencionistas, entusiastamente supinos en su belicismo palabrero.

Como dijo Churchill, los italianos interpretan el fútbol como si fuera una guerra y la guerra como un partido de fútbol.

Fuente: <https://rebellion.org/ucrania-la-negociacion-es-la-unica-salida/>